



Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta de la CLAR

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

El tema de la alegría se impone, no sólo porque nos motiva el Papa Francisco con la Exhortación Evangelii Gaudium, sino también porque la misma realidad que vivimos nos urge a recuperarla.

La Vida Consagrada no acaba de terminar su viaje por el famoso túnel que está atravesando las entrañas más oscuras y duras de nuestra existencia; el riesgo de este viaje, que parece interminable, es el desgaste de la esperanza, el debilitamiento de la alegría.

Pero una cosa también es cierta: la Vida Consagrada está viviendo capítulos apasionantes, en los que no importa tanto el “cuándo llegaremos”, aunque muchas veces suspiremos por esa meta, sino el mismo camino andado. Dice hermosamente san Agustín: “Canta y camina”, camina en la alegría. La alegría corre peligro cuando se deja llevar por la inmediatez, por los resultados, cuando medimos cuantitativamente las cosas, mas se fortalece y se acrecienta, cuando va haciendo cami-

no, abriendo brecha, como punta de lanza, con la confianza bien puesta en la promesa de Dios. Valorando el andar de estos últimos años, podemos decir que tenemos muchas “razones para la alegría”, ya que hemos intensificado nuestra búsqueda, nuestra reflexión y, sobre todo, nuestra pasión, movida por “la inquietud del amor”, como dice el Papa Francisco. Ya sería una razón fuerte para alegrarnos el darnos cuenta de que así como estamos hasta ahora la cosa no “funcionará”, que necesitamos de una conversión profunda para dejar que el Espíritu nos lleve por esos caminos frescos, renovados; más audaces y místicos; caminos sencillamente más humanos, auténticos, coherentes y transparentes del Evangelio.

El tiempo de la alegría llega en la medida en que lo anticipamos en nuestros rostros, en la cotidianidad vivida con fe, con amor, con esperanza. No sé si sea justo retener nuestra alegría hasta que venga la luz y por fin se desvele el paradigma de esa Vida Consagrada nueva. Dice bien Tagore que “si de noche lloras por el sol, nunca verás las estrellas”. Cómo vivir la alegría en medio de la noche, o envueltos en la “nube”, como aquella que se posaba sobre el campamento del Éxodo, signo de la presencia amorosa y fiel de Dios en medio de su pueblo¹. Nuestro presente, con todo y sus noches y nubes, con sus incertidumbres y no claridades, está cargado de razones para la alegría. Hay estrellas en la noche y es justo nombrarlas y dejarnos orientar por ellas hacia nuestro Norte. Por eso, no es justo retener la alegría, sino anticiparla, dejar que aflore desde el fondo.

El Papa Francisco nos ha querido decir una palabra, y ésta es “Alegría”. Es como el nombre nuevo que nace de la experiencia de sabernos profundamente amados y amados por Dios, de ser objeto constante de su ternura y de su misericordia. En la Biblia, todo nombre conlleva una misión. La misión encerrada en la alegría, nos lanza a enfrentar el presente de la Vida Consagrada y de nuestra historia con la esperanza en las promesas de Dios, “porque la esperanza no defrauda”. Vivir este nombre nuevo de la alegría evangélica nos hace recuperar la belleza de nuestra vocación y a comunicar a la humanidad entera, la ternura

¹ Cfr. CIVCSVA, *Scrutate*, Libreria Editrice Vaticana, Roma, 2014.

con que Dios nos consuela: “Consolar con el consuelo con que somos consolados por Dios”, y ese consuelo se llama alegría.

La alegría se alimenta con la hoguera de la experiencia fundante, al revivir el don de nuestra hermosa vocación. No quiero decir que estemos mirando continuamente aquel momento inicial cuando escuchamos el llamado de Dios, sino que fundamentemos nuestro presente en el amor que hoy nos sostiene y le da sentido a nuestra vida, a nuestros años, a nuestros esfuerzos, a nuestros anhelos más evangélicos. En la carta “Alegraos”², la CIVC-SVA nos invita a retomar el sentido de la fidelidad. Si hay alegría hay amor fiel, porque la fidelidad es “la conciencia del amor que nos orienta hacia el tú de Dios y hacia cada persona, de modo constante y dinámico”. Y este dinamismo es el único que produce inmensa y profunda alegría, porque nos centra en el amor y nos descentra de nosotras y de nosotros mismos.

La alegría del evangelio es una alegría pascual, por lo mismo, atravesada por la cruz y la esperanza. Ante acontecimientos tan dramáticos y crucificantes como los que hoy vivimos, ante tantos rostros de pobreza, marginación y de tanto dolor, cómo solidarizarnos desde la alegría. La Vida Consagrada debe llevar el ungüento, el bálsamo, el perfume de la alegría que sale al encuentro de todo sufrimiento humano, que lleva el consuelo con que es consolada por Dios, que se acerca con aquella ternura con la que el Crucificado se acercó a nuestra humanidad hasta encarnarse en ella y, así, redimirla y transfigurarla.

La alegría también supone audacia y profecía. Nos entristecen los límites que experimentamos, nuestras disminuciones numéricas, las obras que nos aplastan. Nos dejamos entibiar por el activismo desenfrenado, viviendo para sostener nuestras obras y no para el Reino. Ya hemos escuchado casi todo sobre la crisis por la que hoy estamos pasando, sobre los túneles y los vientres de ballena que nos contienen por tres interminables días. Pero no queremos atorarnos aquí. La alegría es nuestro don, nuestra opción y nuestra responsabilidad. Por lo mismo, la Vida Consagrada no puede quedarse inmóvil y atorada en sus dificultades.

² Cfr. CIVCSVA, *Alegraos*, Librería Editrice Vaticana, Roma, 2014.

El Espíritu nos invita a empeñarnos con fuerza, desde nuestra pequeñez, en dejar salir nuestra identidad profética, buscando caminos de vida, que nos renueven, que nos regalen transparencia, que nos conviertan de corazón. El Espíritu nos lanza a construir juntas y juntos una Vida Consagrada más fresca, sencilla en sus estructuras, apasionada en su misión, humilde para dejarse enriquecer por la intercongregacionalidad, que camina con las laicas y los laicos, que prioriza la formación inicial y permanente; una Vida Consagrada que se deja inquietar por el amor, que es generativa y, al mismo tiempo, sabe soltar lo que se debe soltar; una Vida Consagrada que es sencillamente humana, encantadoramente humana, menos distinta y más identificada con las realidades “comunes y corrientes” de la vida.

Hay que reconocer, con gratitud, los pasos proféticos de la Vida Consagrada en nuestro Continente latinoamericano y caribeño. Cuánto podemos aprender unos Institutos de otros: la audacia de uno, la hondura espiritual de aquél otro; presencias proféticas muchas veces anónimas, en las periferias de la ciudad y del campo, en las distintas marginalidades existenciales; Consagradas y Consagrados que actualmente viven en países donde lo único que toca es el estar tierno y compasivo, que acompaña en el día a día, que trata de sanar los daños antropológicos que afectan las conciencias y su libertad. Qué testimonios tan hermosos de Religiosas y Religiosos que ya han quitado la piedra, que ya han salido fuera de la tumba, que desatan continuamente vendas según el espíritu de Betania. ¡Cómo tenemos que seguir aprendiendo unos de otros, para que los fuertes en el Espíritu, nos fortalezcan a los débiles, en profecía, audacia, y para que nos alegren!

Hay que reconocer también la vida entregada de nuestras hermanas y de nuestros hermanos mayores, ricos en años y en alegría. Con ellas y ellos construimos el futuro de la Vida Consagrada: unos dejando más hacer a Dios, y otros ayudándole todavía un poquito, según nosotros. Qué testimonio tan grande llegar a una ancianidad alegre, feliz, pascual. Y cómo no agradecer también la alegría que aportan las Nuevas Generaciones a la Vida Consagrada: alegría fresca, llena de espontaneidad y de ideales; alegría creativa, que crea redes; alegría adulta, porque sabe hacer opciones totales y definitivas; alegría solidaria, que

se une al caminar de la familia carismática, aportando vitalidad y frescura.

¡Qué nada nos robe la alegría!, nos dice el Papa Francisco. Y menos ahora que estamos por iniciar este año de gracia: el Año de la Vida Consagrada. Que esta alegría, la alegría del Evangelio, sea el testimonio que demos al mundo que tiene sed de una alegría así. Que aquello que nos identifique como Consagradas y Consagrados sea la alegría tierna y compasiva, despertadora de la verdadera alegría que yace muchas veces dormida en el corazón de la humanidad. Empecemos por despertarla en nuestro corazón, en nuestras comunidades, en nuestra misión. Sólo así despertaremos al mundo con gestos evangélicos de alegría, de ternura y de consuelo.